

LOS COLORES DEL DEPORTE¹

Yo solía jugar al fútbol en Baviera con un hombre que había nacido en la Costa de Marfil. A la edad de cuatro años había sido adoptado por una pareja blanca de doctores de clase media que vivía en Múnich. Empezamos a juntarnos de manera natural, por una cuestión de clase, entre otras cosas hablábamos el mismo alemán (*hoch*), que era distinto del de los croatas, de los eslavos, de los estadounidenses, de los argentinos y de los bávaros provincianos que formaban el resto del equipo. Decía que por culpa de su origen mixto sus años en el colegio fueron demenciales. Le golpeaban constantemente por ser negro, excepto cuando jugaban al baloncesto, donde lo preferido era el color de su piel y sus compañeros pedían a gritos jugar en su equipo. El papel que desempeñó el deporte en su integración en la escuela tuvo un valor limitado y cuestionable.

John Hoberman aborda esta cuestión desde distintos planos. Su libro, *Darwin's Athletes [Los atletas de Darwin]*, lleva el subtítulo: «How sport has damaged black America and preserved the myth of race» [«Cómo el deporte ha dañado a la América negra y ha preservado el mito de la raza»]. Por supuesto, no hay nada nuevo en esta afirmación, como igualmente son familiares las afirmaciones contrarias. Jackie Robinson rompió la barrera del color en el béisbol en 1946-1947 y generalmente es considerado un pionero de la igualdad racial, especialmente por los atletas afroamericanos que alcanzaron el esplendor detrás de él. Casi treinta años después, Hank Aaron superó la marca de *home runs*² alcanzados por Babe Ruth en su carrera. En sus memorias, *I Had A Hammer*, relata las amenazas racistas que asediaron su dura cruzada para eclipsar al gran yanqui blanco y describe el momento en el que golpeó la pelota que batió todos los récords lanzándola fuera del campo y comenzó a trotar alrededor de las bases del mismo. Cuando daba la segunda vuelta un admirador blanco se abalanzó sobre él desde las gradas para felicitarle, según se supo después, pero Aaron dobló su espalda en lo que se perci-

¹ JOHN HOBERMAN, *Darwin's Athletes: How Sport Has Damaged Black America and Preserved the Myth of Race*, Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1997, 341 pp.

² En el juego del béisbol, golpe que propina el bateador y que le permite efectuar un circuito completo de las bases y anotar una carrera [N. de la T.].

bió como un gesto de miedo para protegerse de una agresión y no volvió a girar la vista mientras regresaba a la base. Desde entonces, en prácticamente todos los deportes que se juegan en Estados Unidos, incluidos el golf y el tenis, los atletas negros se han convertido en un lucrativo producto cultural: Tiger Woods ahora vale 330 millones de dólares; Michael Jordan, 500 millones de dólares. El éxito negro, según este argumento, al menos ha sido aceptado en el estadio de béisbol.

Hoberman, que es blanco, afirma que la importancia que otorgan los afroamericanos a alcanzar el éxito deportivo se ha «convertido en una fijación que casi excluye la crítica a sus repercusiones» y que el «culto al atleta negro» ha «exacerbado la funesta generalización de actitudes antiintelectuales entre la juventud afroamericana que se enfrenta a una sociedad basada en el conocimiento». Según sus propias palabras: «Se asume que el deporte ha contribuido considerablemente a la integración racial pero, al mismo tiempo, ésta se ha contrarrestado por la fusión del atleta, del rapero pandillero y del delincuente en una única representación de los varones negros que las industrias del deporte, de la música y de la publicidad han convertido en la imagen predominante de la masculinidad negra en Estados Unidos y en todo el mundo». Él califica su libro más como «un lugar por donde empezar» un debate sobre este proceso que una solución al mismo. Su objetivo es triple y, principalmente, histórico antes que científico: explorar «los orígenes de la preocupación afroamericana por el éxito atlético» que «ha debilitado estrategias de desarrollo más productivas basadas en [el éxito] académico y profesional»; examinar el «deporte del siglo pasado como una arena de competición racial» en la que «la supremacía del atleta negro y la opinión creciente en su superioridad biológica» han invertido los papeles en los encuentros occidentales y africanos y ha contribuido a crear un folklore racial más comprensivo»; y, finalmente, abrir la puerta a la investigación «posliberal» sobre la «diferencia racial biomédica».

Hoberman argumenta que «los aspectos traumáticos de la experiencia afroamericana han provocado que las personas negras consideren la destreza atlética como la representación íntegra de todas las habilidades, incluidas las facultades intelectuales». Parte de la crudeza de su libro radica en sus ocasionales sugerencias de que podrían haber hecho que su análisis tomara un curso diferente. «La preocupación especial con el atletismo que caracteriza actualmente la vida afroamericana no existía hace un siglo.» En torno a los comienzos del siglo pasado, el matemático negro Kelly Miller «concluyó que era necesario refutar la idea generalizada de que la raza negra se estaba deteriorando físicamente», y W. E. B. Du Bois se lamentó, en 1897, de «las precarias condiciones físicas que presentaba la juventud negra». Du Bois también deploraba la recomendación que hacía Booker T. Washington de una «educación técnica y profesional» para los afroamericanos sobre disciplinas que favorezcan su independencia: «Hay un sentimiento de profunda consternación, pesar y temor entre los hombres educados y juiciosos de color de todos los rincones del país por

la difusión e influencia que han adquirido las teorías del señor Washington». Tres décadas más tarde, un profesor de Virginia, Arthur Davis, se lamentaba en la revista de la NAACP³, *The Crisis*, de la «vieja doctrina de la funcionalidad» que «confinaba» la inteligencia del estudiante negro y denunciaba que «la corriente “pragmática” de la psicología educativa» era una «pseudodisciplina» tan «perniciosa como la antigua concepción de la educación de los negros como una “escuela de oficios”». Hoberman cita la creencia de Ralph Ellison en que «la comunidad negra preindividual desalienta que la individualidad vaya más allá de la autodefensa. Haber aprendido mediante la experiencia que todo el grupo es castigado por las acciones de un único miembro ha cristalizado en técnicas eficaces de control del comportamiento». Y menciona la afirmación del etnólogo Carl Husemoller Nightingale, según la cual algunos «expertos en la vida familiar urbana han pretendido, en ocasiones, minimizar la importancia del castigo corporal en las familias afroamericanas pobres, a menudo por razones comprensibles». En respuesta a la continua exclusión de los afroamericanos de otras esferas de éxito, los intelectuales negros han enfatizado la creatividad y la originalidad física de los atletas. Como en una ocasión dijo Joe Louis: «Con mis puños lo digo todo».

Hoberman sostiene en su sintético análisis que las versiones históricas contradictorias de la condición física de las personas negras se remiten a un único fenómeno en sus diversas mutaciones, no tratándose de posturas opuestas de una discusión aún abierta y que está siendo ganada por un progresivo igualitarismo. Remite estas respuestas contradictorias a los primeros encuentros coloniales con los hombres africanos, a quienes se consideraba alternativamente débiles y fuertes, primitivos y anormalmente desarrollados, cobardes y audaces, astutos y estúpidos. Hay un viejo chiste sobre cómo se le llama a un hombre blanco rodeado por cinco negros: entrenador. La cuestión está clara: las instituciones racistas encuentran medios nuevos y a menudo más sutiles para perpetuar sus distinciones racistas. Una vez que los atletas negros habían sido admitidos en el campo de juego, su igualdad se les negaba de otros modos. Isiah Thomas, un base negro de los Detroit Pistons, se quejaba de que el éxito del blanco Larry Bird se utilizaba para perpetuar los estereotipos sobre los negros:

Quando Bird realiza una gran jugada, se debe a su inteligencia y a su constancia en el entrenamiento. Todo está planeado por él. Esto no es así para

³ La NAACP, siglas de National Association for the Advancement of Colored People [Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color], es una organización voluntaria estadounidense fundada en 1910 que se opone a la discriminación racial y que lucha por conseguir leyes que protejan los derechos de los ciudadanos de color. En 1953, la NAACP anunció que la integración en las escuelas era su objetivo prioritario y éste se vio cumplido cuando al año siguiente el Tribunal Supremo de Estados Unidos prohibió las escuelas segregadas. Esta asociación siempre ha propugnado la no violencia y se opuso al movimiento por el poder negro de la década de 1960. El movimiento cuenta con el apoyo de cientos de miles de estadounidenses, muchos de ellos de raza blanca [N. de la T].

los negros. Todo lo que hacemos nosotros es correr y saltar. Nunca entrenamos o ponemos la cabeza en cómo jugamos. Parece que salí regateando del vientre de mi madre.

Prejuicios similares, o más bien sus corolarios —que la complexión atlética «natural» de las personas negras compensa su inferioridad intelectual, una noción heredada de los juicios sobre el carácter y la disciplina africanas—, han mantenido a los deportistas negros apartados de ocupar los puestos de liderazgo en el deporte, como son la posición de centrocampista en el fútbol y de mariscal de campo en el fútbol americano.

Estos estereotipos se acentúan por el hecho de que algunas de sus versiones son compartidas por los atletas y por los intelectuales negros. El coreógrafo Alvin Ailey se refiere al «*rubato*⁴ del cuerpo negro». Un educador negro, refiriéndose al diagnóstico de hiperactividad entre los niños negros, comenta que «los varones negros no deberían ser calificados de hiperactivos cuando dicha actividad forma parte del desarrollo de sus facultades locomotrices y, en algunos casos, de su forma expresarse».

Hoberman añade que «la expansión del consumo de estimulantes como Ritalin para tratar este estado [...] era y continúa siendo visto por algunos observadores negros como una estrategia de los blancos para lastrar el desarrollo de los niños negros pacificándoles». La cuestión de la raza compone extrañas parejas. Charles Murray y Richard J. Herrnstein, autores de *The Bell Curve*, «aceptan gustosamente la opinión de A. Wade Boykin [...] de que el movimiento, el ritmo, la música y la danza corresponden a “esa mezcla de cualidades que hace al clan negro estadounidense único y (consecuentemente, desde el punto de vista del clan) superior”». Por supuesto, gran parte de los testimonios recogidos por Hoberman adopta una forma cercana a la habladería, pero su planteamiento general suena plausible: el éxito comercial de los músicos y de los atletas negros es una fuente tan inmensa de orgullo cultural para la propia cultura que impide cuestionar el mito de la destreza «natural» negra perpetuado por sus éxitos. Como señala Hoberman: «Los negros que flirtean con la frecuentemente neblinosa frontera entre la cultura y la biología no deberían sorprenderse cuando sus revelaciones son aceptadas por los supremacistas blancos».

En su libro trata los diversos mitos que explican la superioridad física negra y que a menudo son aceptados tanto por negros como por blancos: que los tratantes de esclavos decimonónicos escogieron los especímenes más selectos de África; que los rigores brutales del *Middle Passage*⁵ eliminaron a los más débiles, acelerando efectivamente el proceso de la

⁴ Indicación sobre la partitura mediante la que se prescribe una ejecución desvinculada de la rigidez del tiempo [N. de la T.].

⁵ El *Middle Passage* es como se denomina en Estados Unidos al viaje a bordo de los barcos negreros entre las tierras africanas y América realizado por los africanos capturados por los tratantes para ser convertidos en esclavos [N. de la T.].

evolución darwinista; y que los propietarios de esclavos intervinieron en la reproducción de su «propiedad» atendiendo a sus capacidades físicas. Hay equivalentes pseudobiológicos de estas explicaciones históricas referidos a las glándulas, a las hormonas o a las fibras musculares (que se distinguen entre ellas por las modalidades de «movimiento» que producen). «La idea de la inferioridad biológica negra nos recuerda que el trauma de la esclavitud y de la opresión racial ha sido interpretado de dos formas contradictorias, bien como debilitador, bien como fortalecedor de la población afroamericana, y que la adhesión a estos puntos de vista encontrados se ha dividido de acuerdo a líneas raciales.» La insidiosa apelación a descripciones biorraciales resulta sorprendente, ya que persuaden a una serie de personas que deberían tener más conocimientos, y a menudo, como Hoberman ilustra, tenían *efectivamente* más conocimientos, sobre su veracidad al ser confrontadas con individuos concretos. El antropólogo físico William Montague Cobb —el único afroamericano en poseer el título de doctor en su disciplina antes de 1950— analizó las características anatómicas del gran velocista Jesse Owens basándose en los estudios contemporáneos de la diferencia racial que explicaban la superioridad atlética negra. Concluyó que «en todas aquellas características que presumiblemente están relacionadas con la raza o con la capacidad física, Owens se adecuaba más al tipo caucasiano que al negroide. Así pues, el hueso de su talón era relativamente corto, en lugar de largo; los músculos de sus pantorrillas eran muy largos en lugar de tener corta su parte superior; y sus empeines eran altos y fuertes en lugar de bajos y débiles». Estos hechos, sin embargo, no contribuían a debilitar su creencia en las justificaciones biológicas de la superioridad atlética de los afroamericanos. «¿De qué otro modo se puede explicar el hecho de que en los pocos años transcurridos desde que se ha abierto la competición deportiva profesional los negros hayan alcanzado las posiciones destacadas en todos los campos?» Una cuestión difícil, que subyace en gran parte de las especulaciones en torno a este tema. El propio Cobb admitía los efectos eugénicos del calvario de la esclavitud y la introducción de «genes blancos [...] provenientes de los niveles más privilegiados de la sociedad estadounidense».

No parece que haya muchos fundamentos históricos para tales explicaciones, ya que no existen pruebas de que los tratantes de esclavos seleccionasen ciertas cualidades físicas ni de que los propietarios de esclavos combinaran sexualmente a los mismos, y tampoco hay ninguna razón para pensar que la selección natural que se produjo durante el curso del *Middle Pasage* pueda haber tenido ningún efecto evolutivo relevante. Pero Hoberman mantiene una postura escéptica ante las justificaciones biomédicas de la diferencia racial. En el libro nunca deja claro qué quiere decir exactamente por «negro» y «blanco», presumiblemente porque está utilizando interpretaciones populares de las categorías, y no biológicas o antropológicas, aunque al final del libro aborde estas últimas: «De hecho, el interés médico en las diferencias biológicas raciales supone un consi-

derable obstáculo a la opinión planteada por muchos antropólogos de que la raza no es una categoría científicamente significativa». Y se refiere sin mucha convicción a las conclusiones de lo que él llama científicos «puramente clínicos» que investigan las diferencias biomédicas:

[Ellos han] presentado informes donde se recoge que los hombres negros tienen niveles más elevados que los blancos tanto de testosterona como de la hormona humana del crecimiento. Esta investigación se emprendió para ayudar a explicar el hecho de que los hombres afroamericanos tengan el porcentaje más elevado del mundo de cáncer de próstata, un porcentaje que prácticamente dobla el que presentan los hombres blancos estadounidenses. Una diferencia significativa en los niveles de testosterona podría ser relevante desde el punto de vista atlético, ya que se sabe que la testosterona favorece el crecimiento de la masa muscular, lo que explica el consumo ilícito de los preparados sintéticos de testosterona conocidos como esteroides anabolizantes androgénicos. La hormona del crecimiento tiene efectos similares: «Los efectos anabólicos de la hormona del crecimiento aumentan tanto la fuerza como la masa muscular, lo que tiene efectos subsiguientes en el esqueleto». En otras palabras, una diferencia significativa en el nivel de hormonas del crecimiento resulta interesante a la hora de establecer la diferencia racial en la consistencia ósea, que puede estar provocada por niveles diferenciales en la hormona del crecimiento. «Los negros estadounidenses (y muchos africanos) tienen los huesos más largos y más consistentes que los blancos y los asiáticos. ¿Por qué? Los negros alcanzan y conservan esta diferencia a pesar de la no persistencia de la lactasa y de un consumo de calcio sustancialmente menor que el de los blancos, al menos en Estados Unidos.» La mayor consistencia ósea tiene una importancia potencial en el rendimiento atlético, ya que puede estar positivamente en correlación con la masa muscular. En definitiva, esta información sumamente indicativa parece mostrar la existencia de una ventaja atlética en las personas negras, si bien la confirmación científica sigue siendo una vaga expectativa.

Claramente, esta demostración presenta dos problemas. En primer lugar, los factores biomédicos y culturales son difíciles de desentrelazar y, en segundo, en manos de científicos menos «clínicos» tales análisis conforman el prólogo de teorías más ambiciosas sobre los «efectos hormonales y los rasgos de carácter racial a los que supuestamente contribuyen». Para los especialistas en el estudio teórico de las hormonas Ellis y Nyborg «las diferencias etno-raciales medias en los niveles de testosterona pueden no sólo ayudar a explicar variaciones de grupo en el padecimiento de enfermedades, sino también ser relevantes para determinar diferencias de grupo en modelos de comportamiento». Los teóricos raciales infieren con ligereza, partiendo de una evidencia genética inexacta, la supuesta manifestación social de las mismas. «Todo lo que sabemos –en opinión de Hoberman– es que “dotarse de huesos más consistentes asegura a los negros que su funcionamiento normal cause menos torceduras”, pero cómo y por qué sucede esta adaptación se desconoce.» Aun así, la especulación rara vez se detiene ante lo desconocido: «El modelo evolutivo nos conmina a todos nosotros de un modo tan intenso que es casi inexpugnable del pensamiento crítico».

A pesar de esta tendencia (o a causa de ella) Hoberman exige que se investigue más, en lugar de menos, sobre la diferenciación racial biomédica. Ataca enérgicamente la «hipótesis, poderosa y generalmente tácita [...] de que los biólogos humanos están ocultando una terrible verdad acerca de la diferencia racial» y la consecuente «renuencia a creer que [...] la investigación podría confirmar no sólo la diversidad, sino también la unidad de la especie humana». Ronald Walters sugiere que «hay tipos de investigación que no se deberían hacer». Hoberman argumenta convincentemente que esta carencia de curiosidad intelectual deja demasiado terreno libre a la «ciencia conservadora manejada tan torpemente por la derecha racial». La supremacía de los atletas negros ha producido una cultura de suposiciones no explícitas sobre las diferencias físicas raciales, aunque Hoberman correctamente señala que nadie parece preocuparse por los deportes todavía característicamente ganados por blancos. La presunción, al menos en su caso, es que los factores culturales están directamente relacionados; ahora bien, por qué éstos no deberían aplicarse del mismo modo a otras esferas es otra cuestión. El antropólogo molecular de Berkeley Vincent Sarich declaró que «si alguien no puede creer que los individuos con ascendencia africana reciente tienen una ventaja genética en ciertas pruebas atléticas sobre los individuos de ascendencia europea o asiática, entonces probablemente no podrá creer casi nada». Sin una indagación clínica científica, personas de diversas convicciones políticas efectivamente parecen no creer «casi nada» y lo único con lo que posiblemente se encuentre la bravata pseudocientífica de la derecha racial por parte del sector progresista sea con el silencio.

Así pues, parece que el problema estriba en que ambos lados manejan torpemente la ciencia. Se sabe tan poco sobre los factores psicológicos y biomédicos que determinan el éxito en los deportes que no es posible extraer conclusiones útiles. No estoy seguro de que la excelencia atlética sea un buen lugar para empezar haciendo preguntas. Los atletas tienden a demostrar la excepción más que la regla, incluso dentro de sus propias culturas. Presumiblemente han sido objeto de estudio porque el deporte parece una arena pública, además de obvia, para observar las capacidades raciales y también porque cualquier análisis biomédico de un adulto medio perdería el hilo de su investigación entre la cantidad de factores culturales que concurren en el mismo. Por qué la segunda consideración no invalida también la primera es algo que nunca se ha abordado adecuadamente. De hecho, cuando el psicólogo africano Ernst Jokl («uno de los varios velocistas judíos de elite que compitió en la Alemania de Weimar» y que emigró en 1935) realizó un análisis comparativo de la capacidad física, la fuerza y la resistencia en una muestra representativa de niños sudafricanos de diversas razas, le impresionó la «similitud entre los niveles de rendimiento físico detectados en los diferentes grupos raciales» y concluyó que «jamás se había aducido una prueba más aplastante de la igualdad fundamental del hombre». Sin embargo, como es habitual, estas revelaciones no le disuadieron de una subsiguiente creencia en la «capa-

«habilidad innata» del atleta negro, aunque la distinguiese de la «habilidad innata». El abrumador dominio del atleta negro en ciertas disciplinas parece contrariar, casi contra lo que nos dice la razón, nuestra fe en la alimentación; nuestra fe en la naturaleza lo sigue de modo casi inmediato.

Tal vez, la cuestión más alarmante sea que los propios atletas parecen estar perdiendo la fe. Como evidencia sociológica, más que científica, Hoberman menciona a una serie de atletas blancos que tratan de explicarse la marginación que sufren en los deportes a los que se dedican. «Tienes que ser realista», declara Scott Brooks, un jugador blanco de baloncesto profesional, «la gente blanca no puede saltar tan alto». Hoberman cita el hecho extraordinario que se produjo en 1994 cuando las instituciones deportivas chinas decidieron concentrarse en preparar a los atletas para aquellas disciplinas en las que los negros tendían a no competir. Tian Maijiu, el vicepresidente del Instituto de Pekín de Educación Física, explicaba que «la genética favorece a las personas negras. Comparados con ellos, los asiáticos son muy inferiores». Algo que aparentemente se debe al tipo de sangre y a la altura de los glúteos. El éxito reciente de Yao Ming, el pivó de los Houston Rockets que cuenta con una estatura de un metro noventa, puede servir para desmentir estos prejuicios, ya que se trata del primer hombre chino en jugar en la NBA, que además obtuvo el segundo puesto en la prestigiosa competición Rookie of the Year [Jugador Novel de Año]. Tal vez sea más relevante el papel que juegan los negocios a escala internacional. China es un enorme mercado emergente para las ligas deportivas estadounidenses y éstas tienen un gran interés en fomentar y promocionar a los atletas chinos. Podría esperarse que los propios jugadores tuvieran una percepción más clara del talento y del entrenamiento que van unidos a sus logros. La habilidad para saltar, por ejemplo, es una de las destrezas que el ejercicio puede desarrollar enormemente y que probablemente demuestre que no se trata tanto de una cuestión de predisposición racial como de insistencia cultural. En una ocasión, el jugador negro Charles Barkley explicó que su habilidad para saltar era producto de las horas que había pasado en su infancia saltando de un lado a otro de la verja de delante de su casa. Con todo, persiste la idea de que los atletas negros, como los poetas, nacen y que los atletas blancos se hacen.

En algunos momentos, el propio Hoberman es responsable de exagerar el predominio que se propone explicar, mientras recientes acontecimientos han debilitado, por decir lo menos, su argumento: «No hay ninguna estrella blanca en la NBA [...] y la idea de un defensa libre blanco en la NFL [National Football League] se ha vuelto prácticamente impensable». Actualmente, ambas afirmaciones son falsas. Jason Sehorn, el defensa libre blanco de los New York Giants hasta marzo de 2003, es conocido por poseer una complexión atlética innata. El jugador blanco Brent Barry ganó recientemente el concurso anual de mates de la NBA, la prueba más genuina de la liga de destreza física desbordante. La afluencia de estrellas

europas al campo de juego estadounidense ha brindado nuevas muestras de que los atletas son producto de la distinción cultural y no de la racial. Y los jugadores negros sensatos han aprovechado la ocasión para disipar los mitos raciales. Al acabar la temporada de 2001, Chris Webber dijo refiriéndose al defensa turco Hidayet Turkoglu: «Este verano estoy cogiendo a Hedo para que me cubra en el juego. Cuando termine, será el dios de los escoltas». Por supuesto, hasta cierto punto esta afirmación perpetúa el estereotipo, ya que la brillantez del jugador blanco sólo puede apreciarse en el contexto del atletismo propio de los negros. El defensa Jason Williams fue apodado Chocolate Blanco para reflejar que su estilo era considerado un elemento de la improvisación afroamericana. Una vez más, se insinúa que el juego «natural» y carente de disciplina es típicamente negro; tales híbridos, sin embargo, pueden corresponder a una etapa de transición que con el tiempo disuelva, y no refuerze, las ideas sobre la diferenciación racial.

Estas excepciones pueden parecer insignificantes, pero indican una debilidad más general que impregna el libro. El argumento de Hoberman, según el cual las imágenes contemporáneas de la condición atlética de los negros nacen de –y reflejan– los mitos coloniales racistas del varón africano, es irrefutable, pero es presa de cierta tautología. El hecho de que las primeras sean inevitablemente producto de los últimos no significa, necesariamente, que debamos condenar la evolución, dado que es un proceso que puede aproximarnos más al igualitarismo de lo que Hoberman prevé. De hecho, la virtud del deporte como una arena para la integración racial radica en que ofrece cierta objetividad que desafía la perpetuación de prejuicios infundados. La barrera del color en los deportes estadounidenses puede que haya sido franqueada por la corriente predominante del movimiento de los derechos civiles, pero no cabe duda de que el deseo menos honroso de ganar gracias a un talento superior y a realizar la mejor actuación ha forzado la ruptura. La belleza del deporte descansa en la simplicidad de sus objetivos, y aunque inevitablemente los prejuicios persisten y juegan su papel, son más fáciles de vencer en el campo de juego que en ningún otro lugar. Por ejemplo, es cierto que incluso después de su integración los atletas negros fueron excluidos de las posiciones consideradas de liderazgo, que son aquellas que implican carácter e inteligencia. Pero esto también está cambiando. La presión por obtener el triunfo ha forzado a los seleccionadores a incluir en el equipo a los mejores candidatos para el puesto. Los *quaterbacks*⁶ negros son ahora muy comunes en el fútbol americano, al igual que los centrocampistas negros han dejado de ser tan escasos en los partidos ingleses. Hasta los entrenadores están cambiando de color. Aunque el porcentaje de negros que ocupan puestos de mando en los deportes estadounidenses sigue siendo desgraciadamente bajo, seguramente debe haber crecido más rápido aquí que en otros sec-

⁶ Jugador que se despliega en la parte posterior del campo y dirige el juego ofensivo de su equipo como máximo responsable del mismo [N. de la T.].

tores empresariales estadounidenses. El caso de Tiger Woods es un interesante termómetro del tipo de evolución tratada por Hoberman. Es indudable que cierto remanente de mito racial ha contribuido al dominio de este jugador en lo que todavía es un deporte del hombre blanco, pero la forma que ha adoptado este mito merece ser examinada. Un reciente artículo en *The Guardian* comparó sus dotes naturales a las de Ernie Els, su rival más serio en un torneo que iba a celebrarse. En general, las condiciones físicas de Els se consideraban superiores, pero estaba rezagado respecto a las cualidades que distinguían al Woods educado en Stanford del resto de contrincantes: el carácter, la inteligencia y la disciplina. Es difícil medir el efecto que tienen atletas como Woods en las concepciones culturales de los tipos raciales. También es difícil medir la relevancia más práctica del deporte como una arena pública que arrastra a los individuos a cruzar las líneas de la raza y a jugar juntos.

Sin embargo, tampoco podemos medir el daño que ha causado a un subsector económicamente desfavorecido de la sociedad estadounidense el predominio de modelos atléticos que son objeto de imitación. Chris Webber ha expresado su insatisfacción por el hecho de que cuando los institutos blancos invitan a profesionales para orientar la vocación de sus estudiantes, eligen a abogados y a médicos, mientras que los institutos negros eligen a atletas como él, que posee unas dotes extraordinarias y es casi imposible de emular. Hoberman, a pesar de la afirmación del título, no intenta cuantificar el «daño» que ha hecho el deporte a la América negra, aparte de apuntar en el prefacio que «el número de mujeres negras en camino de licenciarse dobla al de los hombres negros» y que «actualmente, la cifra de hombres negros que recibe su título doctoral está decayendo». Su interés descansa en examinar las mutaciones modernas de los primeros mitos raciales, no en descubrir una forma de medir hasta qué punto la fijación afroamericana con el deporte ha clausurado otras vías para alcanzar la influencia económica y social. Algo que en cualquier caso sería muy difícil de hacer. El aspecto más preocupante de estas mutaciones es el alcance de cómo las mismas conectan explicaciones del éxito atlético de los negros con análisis de la criminalidad negra. El doctor Frederick Goodwin, director de la Agencia Estatal para el Alcoholismo, el Abuso de Drogas y la Enfermedad Mental, declaró, en 1992, que el «estado natural», en los machos de los monos, era «eliminarse unos a otros [...], lo que tiene algunas repercusiones interesantes porque los mismos monos hiperagresivos que se matan unos a otros también son hipersexuales, de tal modo que copulan más y, por lo tanto, se reproducen más para compensar el hecho de que la mitad de ellos muera». Godwin proseguía su argumentación —en palabras de Hoberman— diciendo que «el gueto negro representaba una reversión intempestiva [...] a un estado de naturaleza primitivo y caótico» y, en su opinión, «no se trata simplemente de un uso irreflexivo de la palabra cuando la gente llama a ciertas áreas de las ciudades selvas, dado que podemos haber regresado a lo que podría ser más natural, habiendo perdido todos los controles sociales

[adquiridos] durante miles de años a lo largo de nuestra evolución». Estos comentarios podrían ser contemplados como aberraciones racistas si no formaran parte de una dilatada historia en la que el comportamiento criminal y el éxito atlético han sido conectados mediante consideraciones pseudobiológicas enraizadas en el prejuicio racial.

En la mayor parte del libro, Hoberman maneja delicadamente un tema difícil de tratar. Pero las discusiones sobre la raza y la cultura de algún modo consiguen que se caiga en errores a menudo contradictorios. El libro de Hoberman no dice mucho ni acerca de los elementos antideportivos existentes en la cultura afroamericana ni sobre el hecho de que la destreza atlética representa sólo una hebra de una tendencia con incontables encarnaciones intelectuales (incluso de acuerdo al propio mito) en la música, el arte o la literatura. Por tomar un ejemplo, no tanto por su mérito como por el tipo de argumentos que se pueden elaborar a partir de él, Hoberman cita la controversia surgida en los círculos afroamericanos sobre la prescripción de Ritalin a los niños hiperactivos, mencionada anteriormente, como una evidencia de la disposición de la cultura a pasar por alto problemas de comportamiento porque están biomédicamente motivados. «Se dejaban sin resolver –escribe Hoberman– los orígenes de “patrones activos de la conducta” que afectan tanto a negros como a blancos y el consecuente centro de atención en esta cuestión se desplazaba hacia el joven e indisciplinado varón negro.» Ello es cierto, pero también es posible que la cultura pedagógica, que no carece precisamente de respeto hacia las demandas de expresividad física en los niños pequeños, demuestre ser lo más sensato en este caso. Lo que *Darwin's Athletes* demuestra menos equívocamente es la historia de la fijación blanca con la diferencia racial y con sus implicaciones atléticas, intelectuales y de conducta.

Es posible que esta historia esté a punto de entrar en un nuevo periodo. Hoberman recoge el argumento de Marek Khon, en cuyo libro escrito en 1995 y titulado *The Race Gallery* sostiene que «el antirracismo científico es una doctrina perteneciente a una [...] fase que ahora está en sus últimas etapas». Debe «renovarse a medida que la sociedad evoluciona», lo cual se revelará imposible de hacer «si las dimensiones científicas de la raza no pueden discutirse francamente». La intención del libro de Hoberman es ofrecer un apoyo sólidamente cualificado a esta prescripción. Ha demostrado poderosamente hasta qué punto las ideas racistas preconcebidas iluminan el camino cuando la ciencia busca a tientas un conocimiento de las raíces biomédicas del comportamiento y del potencial humano. El abandono por parte de la investigación liberal de estos análisis simplemente entrega el terreno a la «derecha racial». No hay razón para temer lo que se podría descubrir: hasta ahora, la mayoría de los resultados sugieren que somos en mucho mayor grado similares que radicalmente distintos. Y yo sospecho, a diferencia de Hoberman, que el campo deportivo demostrará, cada vez más, que esto es así, a medida que disminuya la diferenciación cultural entre los diversos grupos raciales (independientemente de

cómo se definan). El éxito no sólo de Yao Ming, sino de europeos blancos como Dirk Nowitzki y Peja Stojakovic en la NBA, una liga tradicionalmente dominada por afroamericanos, sugiere que la globalización de los deportes puede jugar algún papel en perturbar, más que en reforzar, los estereotipos atléticos raciales. Decidir si la influencia de la cultura deportiva es o no dañina para la vida de los afroamericanos (en realidad, para la vida estadounidense en general) es otra cuestión; por no mencionar la dilucidación de en qué medida los prejuicios sociales pueden persistir a pesar de la integración de nuestros deportistas o, para ser más exactos, como Hoberman sostiene, *a causa* de los mitos asociados a ella.